

III CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Lo firma el inconsciente

PRIMER PREMIO:

Fernando López Sabariego
Alumno de 3º de Periodismo
Universidad Antonio de Nebrija

De la lágrima a la sonrisa

Premio al mejor texto escrito en castellano escrito por
un hablante no nativo
(modalidad microrrelato)

Nattarika Chaiyadaecha

Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas del
Centro de Estudios Hispánicos

2 0 0 7



Fundación
Antonio de Nebrija

© Universidad Antonio de Nebrija, 2007

Lo firma el inconsciente

Autor:

Fernando López Sabariego
Alumno de 3º de Periodismo
Universidad Antonio de Nebrija

De la lágrima a la sonrisa

Premio al mejor texto escrito en castellano por un hablante
no nativo

(modalidad microrrelato)

Autora:

Nattarika Chaiyadaecha
Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas del
Centro de Estudios Hispánicos

Organizan:

Departamento de Lenguas Aplicadas
Servicio de Biblioteca
Servicio de Publicaciones
Centro de Estudios Hispánicos

Coordinador:

Rafael Jiménez Pascual

Diseño y maquetación:


José C. del Pozo
Servicio de Publicaciones
Universidad Antonio de Nebrija

ISBN: 84-88957-54-8

Depósito legal: XXX

Impresión: Trigraphis S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Trigraphis[®]
 **Ideas
Impresas**

Parece mentira pero ya llevamos tres ediciones de este premio que sólo nació con la idea de crear un concurso, lo suficientemente atractivo como para que mereciera la pena plasmar en ocho folios imaginación, realidad, sentimientos, emociones y un “toque maestro” para conjugar todo ello.

Este año introducimos un nuevo premio: la “Mención Nebrija”, para que siempre se pudiera ver recompensado el esfuerzo de nuestros propios alumnos, al ser éste, un concurso abierto a todos los alumnos universitarios de la Comunidad de Madrid.

Las deliberaciones en esta edición fueron largas y necesitamos de varias votaciones, porque aunque todos terminamos coincidiendo en tres o cuatro relatos, no estaban en el mismo orden y cada uno tenía argumentos sólidos para defenderlos. Creo que todo esto nos indica que el nivel es bueno y se mantiene. El relato ganador “Lo firma el inconsciente” nos dejó algo maltrecha el alma con su descarnada visión de la realidad y del destino fatal. El segundo premio “No fueron héroes, pero iluminan...” nos pareció muy original en su planteamiento y desarrollo, y la mención Nebrija, con “Aseo”, nos desveló, con cierto tono surrealista, al alma oprimida de la protagonista. El esfuerzo del microrrelato (modalidad para hablantes no nativos) “De la lágrima a la sonrisa” donde nos relata la propia experiencia de la marcha y sus sentimientos al respecto, nos vino este año de una estudiante tailandesa, lo cual nos pareció un esfuerzo encomiable.

A los que habéis recibido algún galardón, mis más sinceras felicitaciones, a todos los que habéis participado, gracias por vuestro esfuerzo y esperamos contar con vosotros el año que viene, y a todos los que os habéis quedado a un paso de plasmar en un papel “aquello que os revuelve el alma”, hacedlo sin miedo y... nos vemos en 2008.

Da Olga Álvarez Álvarez
Presidenta del Jurado

III CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Lo firma el inconsciente

PRIMER PREMIO:

Fernando López Sabariego
Alumno de 3º de Periodismo
Universidad Antonio de Nebrija

2 0 0 7

Las nubes que han estado tapando el cielo durante todo el día me hacen presagiar que la vuelta a casa será pasada por agua. Caminamos por Fuencarral a la altura de esos bonitos concesionarios, donde guardan lujosos coches como los que querré comprarme algún día con el dinero producto de la fama que tanto me apetece. Asier se detiene a pedirnos fuego para el porro que está acabando, yo no tengo, así que sin decir nada me giro a mirar el escaparate del concesionario mientras Carlota busca en sus bolsillos el mechero. Seguro que el muy idiota lo ha vuelto a dejar en mi casa, aunque no es lo único que hemos dejado allí; le acompañan parte de nuestra consciencia, nuestros reflejos, nuestra capacidad de atención y en definitiva, todo lo que hemos ido consumiendo y derramando por mi casa desde que, sobre las siete, se presentaran con cinco gramos de marihuana y unos litros de cerveza.

Mientras Asier intenta encender su eterno porro me paro frente a la puerta de una residencia de estudiantes, “Universidad Antonio de Nebrija” leo en una placa que hay en la entrada. Ahí están cultivándose las mentes del mañana, y nosotros aquí... - pienso, volviendo la mirada al suelo-. Reanudamos la marcha hasta llegar a la glorieta de Bilbao; allí, puedo ver a cientos de personas que van y vienen desde Tribunal y Alonso Martínez, en su puntual peregrinaje de zozobra hasta las costas de Drogalandia. Me parecen ridículos y sí, yo estoy haciendo lo mismo, pero sólo el ser consciente hace que me sienta con cierta superioridad y hasta menos culpable, menos ridículo. Es como dijo Baudelaire: “No hay mérito alguno en ser malvado; pero sí existe cierto mérito en saber que uno lo es”. Yo soy consciente e ignoro si soy el único, pero me extrañaría que hubiera gente tan idiota para estar en mi situación. Cruzamos la calle y nos adentramos en Malasaña. Para cuando decidimos entrar al

primer bar de la noche ya se han pasado los efectos de la marihuana y la cerveza. Asier y Carlota siguen algo tontos pero yo, más hecho al alcohol, empiezo a notar cómo poco a poco recupero el control, justo lo que no quiero hacer. El estimulante ardor del ron me reclama y no pienso negarme, he cogido dinero suficiente para acabar muy mal esta noche y es lo que inevitablemente va a pasar. Ya no concibo la idea de salir si no es para alcanzar un grado de inconsciencia tal que me permita llegar a eso que llamo “el momento en el que todo está bien y nada supone el menor problema”. Se podría pensar que es, quizás, un alto precio para un solo momento, puede ser, pero para la hora en la que me cuestione eso ya será demasiado tarde.

Con la mirada perdida y aún proyectando mi mente al ritmo de una de las últimas canciones que oímos en casa, Carlota rompe mi tranquilidad para preguntar con su marcado acento canario.

-Bueno, señores, ¿entramos a este? –se refiere al “Ramonés”, que se alza amenazante ante nosotros con sus terribles chupitos de absenta aún en nuestra memoria-

-Yo no sé, es que yo para los chupitos...

-Venga Diego -me interrumpe Asier-, que Carlota y yo nos vamos a tomar unos chupitos y tú más vale que nos acompañes ¿eh?, que esta noche va a ser larga.

-¿Qué más da si para dentro de un rato ya no sabrás ni con quien hablas?, pienso yo, mientras me resigno a volver a ese dichoso bar que nunca me ha gustado mucho.

-Sí, tío, si sabes que al final vas a acabar bebiendo igual, cada uno a lo que es, yo soy una fumeta y tú un alcohólico, así que venga.

Tras semejante dosis de lógica, obsequio de Carlota, acepto: <<Bueno, venga>>, al tiempo que me adelanto para abrir la puerta y entrar. Nada más hacerlo ya quiero irme; otra vez tienen puestas esas estúpidas canciones de rock ochentero que exaltan a esos “yetis” con chupa de cuero y vaqueros apretados que pueblan ese agujero. Me parecen realmente canciones estúpidas. Letras fáciles para mentes fáciles; me complazco. Carlota se abre paso rápidamente hasta la barra, estamos en su territorio y no hay nada que pueda detenerla. Apenas si necesita hablarle al camarero, que nada más ver a su clienta predilecta ya sabe lo que debe hacer, <<Dame lo mío>>, exige casi amenazante al tiempo que se enciende un cigarrillo que la ayude a paliar lo que el hada verde está a punto de hacerle a su garganta. Asier también se apunta a la ronda y el camarero saca otro vaso más, vertiendo el temido líquido, que es de un verde intenso, casi parece que va a empezar a arder. Yo me enciendo un cigarrillo y miro a mi alrededor divertido; pese a ser un bar roquero es el típico sitio donde pueden confluír desde el dulce grupo de niñas pijas que tengo detrás, hasta los ya mencionados “yetis”, pasando por hippys, punkys y demás grupos que campean en las noches madrileñas. Esa cumbre de la O.N.U no puede ser ignorada, ya que cuando empiecen los conflictos internacionales, que nunca faltan en el “Ramones”, deberemos estar atentos para no recibir daños colaterales y de paso desconjarnos un poco de la que se monte.

Toman el chupito y enseguida piden otro. <<Venga tío, tú también>> -insisten. Nunca me he atrevido con la absenta por la alta graduación que tiene, pero pienso que por uno no va a pasarme nada, así que acepto sin mucha convicción. Preparo el cigarrillo de rigor que realmente no sé de dónde saca la gente la idea de que suaviza los chupitos, creo más bien que sólo te dis-

trae un poco del picor cuando nada más beberlo corres a dar una calada como si fuera el antídoto. Nos sirven la ronda y lo cojo con manos temblorosas, malditos nervios –pienso-, brindamos y lo bebo lo más rápido que puedo. Dejo de oír la música, los ojos se me cierran y se me escapan un par de lágrimas, un escalofrío me recorre el cuerpo hasta los pies, pero lo peor es la garganta, parece que me hubieran atravesado la garganta, tan fácil como se atraviesa una servilleta con un cigarrillo. Pero estoy bien, ni náuseas ni arcadas. Doy la calada y los tres nos miramos con nuestras triunfales y estúpidas caras. Carlota ya tiene los ojos algo cerrados y empieza a estar eufórica, no en vano la absenta es muy fuerte y unos cuantos chupitos mal tomados terminaría con nuestra noche. Asier pide otra ronda y nos pide que le esperemos a que vuelva del servicio para tomárnosla. El camarero vuelve a estar muy rápido ya que ve que estamos con el bolsillo aflojado y que dentro de un rato queremos bebernos el bar entero.

-Este tarda mucho, tío; vamos a tomarnos esta y a la próxima brindamos –me dice Carlota al tiempo que coge los vasos y me da uno-.

Yo encojo los hombros en señal de que me da igual y me preparo el vaso cerca de la boca.

-Espera –me dice quitándomelo de la mano-, así no.

Entonces se agarra por detrás de mí y me dice que cierre los ojos y abra la boca, para que sea ella la que me lo dé a beber. He visto hacer esto pero nunca lo probé, la gracia radica en poner nervioso al que lo tiene que tomar para que le cueste más. Se estrecha detrás de mí y me pone la mano en la barriga al tiempo que empieza a darme el chupito muy despacio. Intenta hacerme cosquillas pero resisto y lo bebo sin más problema.

Este ha entrado más fácil, al final no estaba tan fuerte –me digo satisfecho-. <<Ahora te toca a ti>>, me da su vaso y se da la vuelta apretándose ahora de espaldas a mí. Cuando pongo mi mano en su barriga para hacerle cosquillas, pone su mano sobre la mía y la dirige. Yo vuelvo a dejar de oír la música.

-¿Otro? –pregunta burlona cuando se toma el suyo y se da la vuelta sonriente.

Sonrío.

-¿Y qué hay de Asier?

-Bueno, la gente se pierde, ¿no?

Tomamos la última y veo a Asier que se abre paso al fondo desde el baño. Carlota está atenta al momento en que el camarero va al otro extremo de la barra y me empuja hacia el centro del bar para irnos sin pagar. Cuando estamos cerca de la salida uno de esos malditos “yetis” es empujado y cae sobre nosotros, que provocamos el mismo efecto sobre los que nos rodean. El resultado: cinco segundos después medio bar se está zurrando con el otro medio porque todos dicen que les han empujado. Yo me escabullo lo más rápido que puedo y milagrosamente consigo salir. Espero un poco pero Carlota no sale, y Asier lo tendrá bastante difícil teniendo en cuenta lo lejos que estaba de la puerta. El barullo me ha mareado algo, oigo dentro los gritos y me río. Saco un cigarrillo pero no encuentro el mechero, puede haberse caído de mi bolsillo cuando intentaba salir, hago inventario y parece que no falta nada más. Le pido fuego a los primeros que se me cruzan, son dos chicas de unos diecisiete años, una rubia un tanto altiva y una morena de ojos verdes, muy simpáticas y muy colocadas.

-¿Estás solo? –pregunta la morena-

-Eso parece.

-¡Jo!, tío. Eso está mazo de mal –añade la rubia altiva-. Vente con nosotras que vamos a un garito que está muy bien aunque hay que andar un poco, pero bueno, ¿no estás cansado, verdad?

¿Cansado?, echaría a correr ahora mismo para no oírte otra vez ese odioso acento madrileño –me digo divertido-. No era momento de ponerme a planear lo que iba a hacer así que simplemente eché a andar junto a ellas. Durante el camino hablan y, sobre todo, preguntan mucho, pero no me entero de nada. Empieza a llover un poco pero al cabo de unos minutos estalla uno de esos chaparrones que siempre te sorprende sin resguardo posible. Nos metemos en el primer portal que encontramos abierto.

-Bueno –dice la rubia-, no hay mal que por bien no venga; este es buen sitio para empezar a meternos.

Saca, para mi sorpresa, una bolsita que debía ser más o menos un gramo de coca y prepara seis rayas en los escalones del piso. Es la segunda vez que veo prepararlas, tengo miedo pero menos que cualquier otra vez que haya pensado en probarla. Me decido y rápidamente soy el primero en servirme para no seguir pensándomelo más. Parece que esta va a ser la noche de superar miedos. El mundo se detiene en ese portal sea la hora que sea.

Siempre oí descripciones estúpidas de lo rápido que hace efecto, pero todas se quedaban cortas. Ellas, acostumbradas, seguro, a empolvase la nariz cada fin de semana, repitieron hasta tres veces en el tiempo en el que yo asimilaba la primera. El corazón me va tan fuerte que siento cada latido como un golpe en el pecho. Ya vuelve a llover poco, podemos irnos.

Llegamos al “Before” después de andar otros cinco minutos. Ya estuve antes en este sitio un par de veces; la música house que suelen poner no me hace gracia pero tengo unas ganas de bailar como nunca. Voy primero a la barra, tengo una sed increíble y sobre todo ganas de tomarme de una vez una copa de ron. Casi acabo con él en dos veces que me lo llevo a la boca, y me voy a la pista menos iluminada para bailar. Mis queridas acompañantes, por su parte, comienzan a restregarse con todo hombre que se les cruza. Empiezo a oír la música y a moverme como nunca lo había hecho antes, ya no sé dónde estoy, olvido todas las personas de mi alrededor, sólo quiero moverme. Así paso un buen rato, hasta que la sed me hace volver a por otro ron. Esta vez me quedo en la barra un rato, enciendo un cigarrillo y luego otro, pido otra copa más pero, antes, un chupito de vodka. Quiero rematar la faena, además siento como si pudiera beber toda la noche, ni siquiera tengo ganas de ir a mear. A mitad de mi tercera copa, que me sabe a gloria, me vibra el móvil. Es Carlota que me dice por un mensaje que está sola junto a la puerta del “Coppelia”, maquinalmente le contesto con una llamada perdida y acabo mi Barceló de ocho años que seguramente será, en realidad, ron barato con agua.

Busco por las calles de Malasaña la fachada roja y la gran puerta negra del “Coppelia”, que es todo lo que recuerdo del sitio. Ha parado de llover y hay más gente andando de un lado a otro, pero gran parte de los bares están cerrados, deben entonces ser más de las cuatro. Cuando encuentro el bar veo a Carlota a un lado de la puerta fumando, no me doy cuenta de que apenas sostiene el equilibrio, probablemente porque yo tampoco.

-Sho Diego, ¿qué pasó?, ¿saliste del puto “Ramones”?

-Lo más rápido que pude, a vosotros ¿cómo os fue?

-¡Ay! niño, acabé en una esquina del bar junto a los demás que no estaban en la leña, por poco me dan bien.

-¿Y Asier?

-Yo qué sé, niño. Vamos dentro –termina y se gira para entrar-.

Un aire cargado, pocas luces y un chill out indio de una dulce sensualidad componen la atmósfera de aquel sitio. La gente ya no pide bebidas en masa ni hablan en corrillos, sólo deambulan y se mezclan, sumidos en la sensual melodía. Parejas, grupos o personas solas, todos rendidos, consumidos en autómatas de la noche al servicio del sexo, que maneja aquella orgía tenebrosa, blandiendo en una mano la necesidad de todos aquellos infelices, y en la otra los cientos de píldoras de éxtasis que éstos no dejan de consumir. Carlota y yo nos unimos a ellos; ella busca nerviosa algo entre la gente pero yo estoy aún ahogado en el último chupito que acabo de tomarme como para que me importe. Dice <<Ahora mismo vengo>> cuando ya se ha alejado varios metros de mí entre la gente. Al poco vuelve contenta y me señala un tío que está al otro lado del bar, parece que le ha caído bien y <<nos invita a esto y luego ya veremos>> -dice mostrándome en su mano dos pastillas-. La miro sin decir nada y ella pone la pastilla en mis labios delicadamente. Yo sigo la melodía, la sigo y muy pronto ya no estoy en el bar, los timbales, la flauta, el piano y la sensual voz que los guía me lleva muy lejos de ahí, me levanta por encima de todos los que me rodean. Yo sé que la dulce voz me llama y que tras ella hay una gran mujer que quiere abrazarme y quedarse conmigo para siempre. Alcanzo a ver a Carlota junto a su nuevo amigo, me hace señas de que va un momento con él al baño, me parece perfecto, porque yo sigo abrazado en la suave melodía.

Ahora un cigarrillo le pondría la guinda a este momento –me digo riendo-, pero se me han acabado. Carlota aún tiene pero no vuelve, así que resuelvo ir a buscarla. En el camino tropezó con todo aquel que se cruza por delante de mí y estoy a punto de caerme dos veces, pero llego a la puerta que conduce a los servicios y a duras penas la abro. Nada más entrar, un chico que me mira como si me perdonara la vida se pone delante de mí, <<¿qué quieres tú?>> -pregunta-. Tabaco, -alcanzo a decir-. Miro entonces al fondo de los servicios donde Carlota y su nuevo amigo se están metiendo mano, le pido el tabaco y se gira para lanzarme el paquete quedando a espaldas de su amado. De un tirón éste le baja los pantalones a Carlota, que se gira protestando e intentando separarse de él. La agarra ayudado por el otro chico y los tres forcejean hasta que consiguen reducirla. Se hace el silencio y estando la situación con ella inmovilizada con la cara desencajada por el miedo, con ellos sujetándola firmemente por piernas y brazos, y conmigo apoyado en la puerta sin moverme desde que Carlota me lanzara el tabaco, las miradas de los tres se clavan en mí, poniendo de manifiesto que me toca mover ficha. Tardo en reaccionar, tengo los ojos hundidos y me muevo como una máquina que necesita aceite, pero lo consigo. Abro un poco los ojos, cierro la boca que tengo abierta configurando mi expresión de asombro, y me doy la vuelta al tiempo que me enciendo un cigarrillo, dejando cerrarse la puerta tras de mí.

Después de eso vuelvo a la pista pero noto que tengo mucho calor, debería quitarme algo de ropa pero descubro que no tengo la chaqueta y que he estado incluso andando bajo la lluvia sin ella y no me he dado cuenta. Realmente no me importa, el calor sube y me agobia, apago mi cigarrillo y salgo de ahí lo más rápido que puedo. En la calle llueve ahora con mucha

intensidad, pero no lo sabría de no estar pisando los charcos que inundan las calles. Noto que el pulso vuelve a acelerárseme mucho y el pecho me duele, me dan golpes en la cabeza y me cuesta ver por dónde voy. Me tambaleo y sé que pronto no podré seguir andando porque las piernas me tiemblan. Me paro en el primer portal que encuentro y le doy golpes para intentar abrirlo, apenas tengo fuerza pero, por la intensidad de las bocanadas de aire que tengo que expulsar para poder respirar, nadie lo diría. Consigo abrir la puerta y subo un par de pisos; es un edificio antiguo con los escalones de madera que son más blandos, aunque ahora tengo poca sensibilidad para apreciar este regalo. Me tumbo en el rellano del segundo piso con la cabeza apoyada en un escalón; afuera llueve con fuerza, el sonido de las gotas al caer lo tapa todo, casi creo que estallan junto a mis oídos. Me hundo cada vez más en ese rellano, la ropa me aprisiona pero pronto dejo de sentirla, dejo de sentir mi cuerpo, sólo mis ojos que se están cerrando. Pasa un rato, todo sigue igual, pero dejo de oír llover, sólo me oigo jadear unos minutos hasta que mis ojos se cierran rendidos. Mi mente proyecta todas las imágenes de esta noche, lo que vi, todos mis encuentros. Sólo el saberme consciente hace que me sienta superior, ¡qué infelices!, yo sí lo sé. Dejo de oírme respirar.

III CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

De la lágrima a la sonrisa

Premio al mejor texto escrito en castellano por un
hablante no nativo
(modalidad microrrelato)

Nattarika Chaiyadaecha

Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas del Centro de
Estudios Hispánicos

De la lágrima a la sonrisa

Siempre he querido estudiar en un país extranjero, entonces decidí hacer el examen para alguna beca para estudiar fuera de mi país. En Junio del año pasado, recibí una beca del Ministerio de Asuntos de Extranjería para estudiar relaciones internacionales en España. Todo el mundo me felicitó. Teníamos muchas fiestas después del resultado del examen.

El último día en Tailandia antes de venir a España, tuve que ir al aeropuerto a la medianoche. Toda mi familia, casi todos mis amigos y yo, estuvimos ahí desde las nueve de la noche. Me dieron muchos regalos y muchos buenos deseos. Abracé a mi mamá y me dijo que me quería mucho, una lágrima empezó rodar por mi mejilla. Luego, abracé a mi abuela y ella me dijo que iba a esperarme hasta que regresara y me dio un sobre con una fecha escrita. Con esas palabras lloré, porque las quiero más que nada en el mundo.

Cuando llegué a España no entendía a nadie. Lo único que sabía era hola. Mi primera madre española intentaba hablar conmigo pero no le entendía y no pude contestar nada. Finalmente, ella suspiró hondamente ante mí. Fui directamente a mi habitación y lloré. Pensaba que por qué la lengua era tan difícil y que era imposible aprenderla. Pero luego pensé que si

volvía, mi madre estaría decepcionada. Entonces me levanté de la cama y empecé a estudiar. Siempre iba a clase y hacía los deberes. No me di por vencida, y un día, le entendí a mi mamá y pude responderle. Últimamente, he obtenido una sonrisa alegre.

Ahora puedo pedir comida y comprar cualquier cosa en la calle. Está claro que todavía no entiendo todo, pero ¡estoy escribiendo un relato en español! Porque nunca me rendí. Ahora estoy viviendo los días más felices de mi vida, llena de muchas sonrisas y ahora es el momento de abrir la carta de mi abuela:

“¡¡Felicidades!! Intuyo tu sonrisa. Siempre supe que lo conseguirías pero no quería que abrieras la carta demasiado pronto para que no la empañaras con tus lágrimas.”